

Reina el invierno triste, mas no tanto
Como mi alma sin consuelo herida:
Su último sueño en paz bajo cipreses
Duerme mi dulce hija.
Su amada sombra por do quier me sigue
Y su pregunta en mis oídos vibra:
«¿Por qué los niños morirán tan pronto?
¿Qué es la muerte y la vida?»

NARCISO CAMPILLO.

EL MUSEO ANTROPOLÓGICO.

(Continuación.)

Gonzalez Velasco trabaja con afán, con impaciencia febril, con amorosa exaltación: sueña con las glorias de Servet y Valles de Covarrubias: se extasia ante el recuerdo de Baltasar Díaz de Agüero y Andrés Laguna; admira á Morrejon y á Clinchilla; envidia noblemente á Castelló, Arguñosa, Gutiérrez y Furquet y Asuero, todos españoles, todos lumbreras de la ciencia, y en fuerza de laboriosidad y estudio, construye los cimientos de un Gabinete Anatómico.

Pero llega un momento crítico, el más terrible de su vida, el más azaroso de su existencia.

La flor que crece erguida y luzana, se dobla de pronto; marchitase su cáliz; deshójase su corola; la idolatría del padre se sobrepone á la ciencia del médico: llama á compañeros que son amigos del alma; el tifus ha deslizado en la sangre de la niña, que es el amor de los amores de Gonzalez Velasco, el fermento de la descomposición, que se ceba en las entrañas de la virgen criatura, que aún no cuenta cuatro lustros.

La ciencia hace prodigios; el inmenso amor de una madre tierna no ataja el paso de una muerte sin piedad; la energía indomable de un padre sin consuelo se abate al fin: Concha está muerta, y sin embargo, Ramon Torres Muñoz y Luna, reputadísimo catedrático de química, sostiene aquella organización, merced á un ambiente que crea con sus máquinas, al lado de un lecho de agonía y al borde de una tumba.

Todo inútil: la ciencia queda vencida, y el alma inmortal de la inocente niña vuela purísima al seno de Dios.

Entonces fenecen las ilusiones de un padre y se tornan en perpetuo lloro las alegrías de una madre.

El médico, desolado y afligido, tiende la vista en derredor y siente algo del vacío que nos lleva á la nada.

Multiplica las facciones de su hija, multiplica el rostro de ángel de la niña, cuyo busto, en escayola, ocupa un lugar en su gabinete anatómico; cuyo busto, ejecutado en mármol, guarda en su despacho, conserva en Zarauz; cuya fotografía lleva en la cartera, ocupa la cabecera de su lecho y aparece en el coche del doctor.

Muerta la inocente niña, Gonzalez Velasco, que trabajando ama y amando vive, torna los ojos cuajados de lágrimas á su adorada patria, fija su pensamiento en la juventud y se dedica al trabajo con desesperado afán, para allegar oro, mucho oro, y fundirlo luego en cera, estearina, escayola, carton-piedra; oro, mucho oro, para levantar tres edificios consagrados á la ciencia, uno en la calle de Atocha, otro en Zarauz, y el último, resumen, complemento y condensación de los dos, en la calle de Granada.

El antiguo aparatista del hospital militar, el que del repaso á sus compañeros vivía, el constructor de piezas anatómicas, el profesor del hospital civil, multiplica las horas del trabajo, busca en las entrañas de los muertos el por qué de la perturbación de la salud en los vivos; deseca ligamentos y tendones, deseca los cadáveres, monta esqueletos, recoge notabilísimos casos de anatomía patológica, que manda vaciar ó conserva dentro de frascos con alcohol.

Director de los anfiteatros de la Facultad de Medicina de Madrid, es nombrado académico de la Quirúrgica Matritense; crece la fama del ex-aparatista de Sanidad Militar, y la Academia Quirúrgica Cesarangustana le cuenta entre sus profesores: distinguese de día en día por sus operaciones el inquilino del sotabanco de la calle de Jacometrezo, y la Real Academia de Medicina de Madrid le nombra su corresponsal; hácese notable por su actividad el extranjero de tercera clase, y despues de fundar la Sociedad Antropológica Española, recibe los diplomas honoríficos de las de París y Londres, y luego, sin solicitarle, el decreto de caballero gran cruz de Isabel la Católica, el lema de cuya orden, es: *á la lealtad aerisolada*; más tarde, la Sociedad Anatómica, que también funda, recibe sus inspiraciones; recientemente la Ginecológica le brinda otro diploma; el hospital de Italianos le nombra su director; honrále con otro título el Instituto Médico Valenciano; consta su nombre en el índice de la Academia de ciencias médicas de Lisboa y en el de la Escuela Dantesca Napolitana, obteniendo además dos premios por su magnífica colección embriológica, uno en la Exposición Universal de París en 1867, otro en la de Madrid en 1873.

Honores, distinciones, diplomas académicos, nombramientos de Consejero de Sanidad, obsequios valiosos de particulares, serenatas de sus discípulos, cuanto puede excitar la vanidad, cuanto puede lisonjear el humano corazón, cuanto al hombre puede ensoberbecer, es de la propiedad del Dr. Pedro Gonzalez Velasco.

Sin embargo, el médico receta: el cirujano opera: levántase á las cinco de la mañana en todo tiempo: acuéstase á las doce de la noche, siempre llano y afable, siempre sencillo y bueno.

Es tan impolítico, que no acude á casino alguno; es tan insocial, que ignora los nombres de los cafés de Madrid; de tan poco tiempo dispone, que hace más de veinte años no asiste á teatros ni diversiones públicas.

Estudio, visita, consulta, operaciones, disección, hé aquí la variedad de ocupaciones del Doctor, cuya cátedra libre se inaugura, hace más de treinta años, el día 1.º de Octubre, y se cierra el 31 de Mayo.

Niño en la práctica de la vida, su cerebro vive la vida de la ciencia, su corazón late entusiasta cada vez (que no son pocas) que practica el bien.

Ejerce su profesion, como todo médico de vocación la ejerce, como un sacerdocio admirable, que en sus funciones públicas es suntuoso y magnífico, pero que en la oscuridad atiende al desamparo, enjuga lágrimas, restablece la salud, arranca de la muerte al infeliz, con la alegría del justo en el alma, con la satisfacción del hombre honrado en el corazón.

¿Cuántas veces le hemos sorprendido, húmedos los ojos por la ternura de su sentimiento, en flagrante hecho de caridad ferviente, negándonos aquello mismo que casi veíamos!

Fijo en su idea, tenaz en su propósito, constante en realizar el pensamiento que le absorbe, viaja por Europa: visita á Francia, Bélgica, Alemania y toda la Italia: visita museos, academias, escuelas de medicina, bibliotecas, y por do quiera encuentra vestigios patrios; cuadros nuestros que guerreros afortunados han arrancado de los hispanos museos; libros admirables que de nuestras bibliotecas han desaparecido; el astrolabio famoso de D. Alfonso el Sabio, que un Médicois poseía y el Dr. Velasco nos restituye admirablemente copiado, y hoy existe en la biblioteca del Real Palacio, así como sus piezas en escayola en el Museo Antropológico.

Así, en fuerza de años, despues de privaciones sin cuento y amarguras sin nombre y decepciones terribles, despues de mucho trabajo, merced á una constancia sin ejemplo, el pobre estudiante de Velasco de Boones puede exclamar al fin, como el gran sacerdote hebreo, mirando al cielo:

Nunc dimittis servum tuum, etc.

Su Antropológico Museo asienta sobre sólidos cimientos; el alma inmortal y divina de la hija del Doctor sonríe desde los mundos de perenne luz que habita; los efluvios de amor de un ángel de candor y de pureza penetran en el corazón de una madre amorosa y un padre cariñosísimo y tierno.

Pedro Gonzalez Velasco, glorificador de su familia, orgullo de la madre patria, lumbrera de la española medicina, no es ya de su familia, no pertenece á España únicamente; Pedro Gonzalez Velasco es del mundo científico; la posteridad entona himnos en loor del sabio que su intuición percibe; la historia nacional escribe su nombre en los Anales de nuestras glorias, y la humanidad doliente bendice ese nombre, que es el de un humilde hijo del pueblo.

El Dr. Pedro Gonzalez Velasco gritó entusiasta en los albores de su vida «FIAT»: el hombre á quien faltó muchos días pan que llevar á sus labios, dota hoy de un tesoro á la madre patria y al mundo de la ciencia, consumiendo todo su capital, y algo más, en la gigantesca obra que ha realizado.

Su elogio es muy sencillo: los que le conocemos podemos fácil y concisamente formularle:

«Enriquecido por la ciencia, se empobrece por la patria y la humanidad.»

III.

Era el mes de Agosto de 1856: el Dr. Gonzalez Velasco llegaba á París de una excursión científica á Nápoles, donde además de los museos, escuelas y bibliotecas, habia visitado las famosas ruinas de Pompeya y Herculano, así como también el Vesubio, en la parte posible: á París llegaba en el indicado mes y por los mismos días, despues de una exersión á Grecia, excursión de estudio, de trabajo, de observación y fecunda en resultados, D. Francisco Cubas, arquitecto, cuya biografía se condensa en breves frases, como la del Dr. Gonzalez Velasco.

Cubas es hijo del pueblo y del trabajo; dotado de ardiente y privilegiada imaginación, soñó un día con la gloria en el porvenir y el respeto y la consideración en el presente, y sin más tesoro que su imaginación, ni otros recursos que los de una laboriosidad increíble, tenaz en el estudio, severo en sus costumbres, amante de su patria, ora dibujando, ora repasando libros, soñador en ocasiones, soñador de gloria y de inmortalidad, aplicado siempre, aprovechado y modesto, conquista un día una pensión en Roma, ciudad eterna en la que el alma del artista lleva á la mente del arquitecto recuerdos en tropel, que condensan los mutilados restos de esos gigantes mudos que, á partir del circo Máximo hasta terminar en el panteon de Adriano, exponen de una manera positiva la gigante civilización del pueblo, un día señor del mundo conocido.

Allí ya, enriquece su cartera con multitud de dibujos-proyectos, y hace los estudios de la basilica Ulpia.

De Roma se dirige á la patria de Pericles, al suelo que sustentó el Parthenon, donde hace y termina, entre otros estudios, los del templo de Theseo en Atenas: posteriormente proyecta la restauración del de Júpiter en Pompeya, trabajo concienzudo y admirable que hiere la fibra del entusiasmo de la Academia de Nobles Artes, corporación ilustradísima que aprecia en lo que vale á Cubas, y propone al Gobierno español aumente la pensión del joven arquitecto.

Concédele un premio extraordinario el Ministro de Fomento, y el arquitecto que ha nutrido su espíritu con la belleza y grandiosidad de cuanto encierra la poética y riente Italia, cuyas capitales todas, cuyos sitios famosos en los anales del arte visita Cubas, dirige al Norte de Europa, párase algun tiempo en Francia, corre á Bélgica, trasládase á Austria, y sitio por sitio, admira y estudia cuanto arquitectónicamente encierra el territorio de aquella nación.

De Austria pasa á Hungría, de Hungría á Sajonia, y despues al antiguo ducado de Brandemburgo, de Prusia á Wurtemberg, y luego á Munich, la preciosa Atenas de nuestros días, sin que ni uno solo le fatigase esta excursión laboriosa, durante la cual ensancha el círculo de sus conocimientos y se hace con relaciones de personal amistad de muchísimos extranjeros notables, que aprecian en lo que vale al estudioso y joven arquitecto español.

Ya en España, dirige muchos edificios particulares, que revelan al admirador del inmortal Juan de Herrera: entre otros, citamos los notables trabajos que indican la escalera del palacio del Sr. Marqués de Alcañices; la reforma y decoración del mismo, así como su preciosa capilla; la escalera y palacio del Duque de Rivas; las escuelas públicas del valle de Llodio, en la provincia de Alava, arquitectóni-

ca joya que condensa cuantos adelantos han realizado en esta clase de construcciones Bélgica, Austria, Alemania y los Estados Unidos.

Académico de número de la de Bellas Artes de San Fernando y secretario de la Sección de Arquitectura, vocal de la Comisión central de Monumentos artísticos é históricos de España, presidente de la Sociedad Central de Arquitectos, socio de la Económica Matritense, de la Antropológica Española y del Ateneo, condecorado con las encomiendas sencilla y de número de la Orden Americana de Isabel la Católica y con la cruz de la Orden de Cristo de Portugal, por estudios notables y obsequios dispensados á la Academia Lusitana, el Sr. Cubas, padre cariñosísimo y esposo modelo de buenos esposos, distinguese, no ya sólo por su inteligencia profunda y su laboriosidad y dominio de los más difíciles conocimientos de la honrosísima profesion que ejerce, sino también por su españolismo acendrado.

Hasta hace poco tiempo era práctica constante, seguida por muchos títulos de Castilla, llamar á arquitectos extranjeros y artistas no españoles; para que dirigiesen la construcción de fincas y adornasen luego estas.

El Sr. Cubas ha empezado á cortar de raíz esa preocupación, y enseñado á muchos magnates que en España hay inteligencia, materiales y manos para competir, si no aventajar, á los extraños.

Efectivamente, los mármoles, los lienzos, los bronceos, los bajos relieves, las maderas, las telas, las imitaciones, los techos, los frisos, los vaciados de los palacios de Fernan Nuñez, Alcañices, Rivas y otros se han hecho en España y por obreros españoles, con notable economía, y pudiendo sostener competencia honrosa con iguales artefactos extranjeros.

Cubas y Velasco se adivinan mutuamente despues de las primeras palabras; y mientras en París permanecen, el médico refiere al arquitecto las impresiones de su reciente viaje á Nápoles, y á su vez el arquitecto relata las maravillas que revela la patria de Fidiás y Praxitéles, hoy esqueleto de lo que un día fué la bellísima cuna de Demóstenes y Platon, Sócrates y Epicuro.

Gonzalez Velasco habla á Cubas de sus proyectos en fárfara: sueños, incubaciones vagas, ideas informes pero grandiosas, y el arquitecto queda sorprendido de las, al parecer, pretensiones colosales del gran anatómico español.

Entonces, Gonzalez Velasco es el hombre más feliz del mundo; pero llega el día de la prueba, y flaquea su alma en el piélago de amarguras en que su corazón se sumerge, por la dolorosísima pérdida de una hija única y adorada.

Entonces también el doctor, atligidísimo y quebrantado de pena, vislumbra los albores rientes de una posteridad que espera en los limbos de las edades el resultado de las grandes luchas en el presente, y conmovido y henchida su alma de ternura, empieza de nuevo á trabajar con esfuerzo titánico: llama á Cubas y desahoga en el seno del amigo cariñoso la amargura del padre desolado.

Poco á poco, lo que fueron sombras se condensa: el confuso pensamiento que encierra una gran idea adquiere formas: la colección anatómica se convierte en Gabinete; el Gabinete en Museo Antropológico.

Cubas hace los estudios y presenta los planos: el sueño del ex-aparatista del Hospital Militar es un hecho práctico, que se revela con el vigor y la entereza positiva de una paciencia fenomenal y una tenaz constancia.

Y llega el día de la esperanza y el gran consuelo para Gonzalez Velasco, y el Museo Antropológico empieza á brotar de las entrañas de la tierra. Pónese la primera piedra el 16 de Abril de 1873, y á los dos años terminase la construcción, el 17 de Marzo de 1875, colocando la estatua del divino Valles.

Elegante pórtico griego, circuido de pequeño jardín, osténtase en el principio de la calle de Granada.

Ligera escalinata de piedra, guardada por sencilla verja, conduce al peristilo: á los lados de aquélla, en el izquierdo, y sobre sólido y elegante pedestal, descansa la noble y pensativa sedente figura del inmortal aragonés Miguel Servet, inventor de la pequeña circulación, mártir de las teológicas iras del rencoroso y fanático orgullo de Miguel Calvino, quien condenó á perecer en la hoguera al gran médico español, cuya actitud abstraída y meditabunda revela el genio del conocido escultor D. Elias Martín.

Destácase en el lado derecho, severa y grave, la figura, sedente también, y también de piedra, del famoso médico español Francisco Valles de Covarrubias, meditando en la lectura de las páginas de un libro que abierto apoya sobre el muslo izquierdo; al aspecto recogido y meditabundo del eminente facultativo acompaña la majestad del admirable profesor que, adelantándose á los tiempos y burlándose del influjo de los astros y groseras preocupaciones de su edad, referentes al destino de la humana criatura, mereció del sombrío y adusto Felipe II el dictado de *Divino*, con que la Historia le confirma y celebra, siendo esta excelente escultura, obra del reputado artista español D. Ramon de Subirat.

Sobre cuatro monolitos de piedra de Novelda descansa el fronton, que sustentan las columnas jónicas, cada una de las que, sin la basa ni el capitel, formadas de una pieza, dan el peso neto de 1.100 arrobas.

Brillan sobre el fronton triangular la Minerva médica, rodeada de plantas medicinales y entrelazadas serpientes, símbolo de la ciencia de curar, terminando el ángulo un remate de palmetas griegas, y á los extremos dos esfinges parlantes en actitud de hablar, signo admirable de la científica propaganda.

Del español D. Agustin Mustieles son los modelos de la magnífica Minerva y admirables esfinges, habiendo realizado la ornamentación en piedra del pórtico, ó sean los capiteles, tímpano, acrótera y esfinges, los españoles señores D. Eduardo Alvarez y D. Manuel Fernandez.

En el fronton se lee grabada en piedra la admirable sentencia del pórtico del templo de Delfos, NOSCE TE IPSUM.

En el fondo de la escalinata y pórtico del Museo se destacan dos pinturas murales, estilo del arte policromo de Pompeya, hermosísimas doncellas, que representan: la del